

Es Genesis 2:17

Roberto Herrera Marin



# Capítulo 1

Génesis 2:17

Al despertar y veo a mi esposa; bordeo su rostro con mi mirada, cruzo cada comisura de su semblante, cada marca, cada perfección, cada imperfección; su rostro sin maquillaje con cejas exiguas son para mí el licor más embriagante que me captura y repta en mi mente, llenándome de lujuria hacia ella. Mis manos caminan por su cintura y ascienden por sus caderas, algo en mí se endurece, algo en mí se desvanece; pierdo la cordura, y respiro pesado, jadeo como perro y la muerdo mientras aun ella sueña en el descanso.

La falta de luz y el silencio, permiten que el viento suene en el tejano, y araña la ventana que cuele la suave luz de la luna y a sus espaldas la cordillera infinita que se hace omnipresente. Respiro su aroma, beso sus labios, lamo su piel, ella aun duerme. Acaricio su cabello y respiro mi lascivia contra ella, apretando mi cuerpo contra el mío, volviéndome tan carnal, tan terrestre. Mis manos como nómadas se deslizan en su piel, memorizo su cuerpo con ellas, su aliento dulzón se acelera, no abre los ojos, pero sabe que la invito a la danza de los procreadores, sabe que quiero estar en medio de ella, embestirla con rudeza, morderla con pasión y luego liberarme dentro de ella.

Sabe que es lo que quiero, y se posiciona ante mí, no hay nada más excitante que su sonrisa serena y sus ojos aun cerrados, su rostro angelado me da un mensaje de amor, y siento que la traiciono porque estoy cegado de lascivia, cegado por el pecado original. Fruto de nuestro deseo, árbol prohibido son nuestros pensamientos que dan a luz lo que disfruto en este momento. En ese día, que aún es de noche positivamente muero, muero al sentir su piel deslizarse con la mía, sentir su transpiración y el jadeo de ambos en el ir y venir de nuestro movimiento, exhaustos de la realidad vivimos la fantasía de la paz mortal en esos minutos, y no más me descargo y ambos dormimos nuevamente.